

especulación, Derrida ha extendido a la escritura toda, sin respetar deliberadamente la distinción de géneros o disciplinas porque desde su punto de vista tales distinciones repiten las jerarquías «logocéntricas» originarias. El lenguaje es considerado una proto-escritura o archi-escritura, una escritura generalizada, momento de la más radical conciencia del lenguaje, momento significativo en la historia de la metafísica en que, por así decirlo, se deja caer, se abandona, en la deconstrucción de sí misma: todo texto, por consiguiente, se auto-deconstruye. Este enunciado paradójico implica tres cuestiones de gran importancia para comprender cuál es la naturaleza peculiar de esta extraña modalidad de la lectura.

En primer lugar, implica que el criterio como tal (el crítico literario tanto como el hermeneuta filosófico) desaparece. Aquel paciente y obsesivo lector que persigue el sentido último de su objeto, un sentido que imagina a veces enterrado en el texto, en cuanto toma conciencia del logocentrismo y del fonocentrismo, queda atrapado en el armazón infinita de los tropos discursivos. Por mucho que contextualice su crítica no podrá evitar someterse a una nueva contextualización para una metateoría que reduzca su propio discurso, y ésta, a su vez, suscitará otra, hasta el infinito. Por consiguiente, la labor del lector se convierte en una especie de exorcismo: deconstruir es poner de manifiesto cómo y en qué medida todo texto *está ya* deconstruido, es decir, cómo se apoya en una jerarquía que afirma y niega al mismo tiempo aquello que manifiesta. Es evidente que la tentativa de los derrideanos de convertir este supuesto en precepto ha dado por resultado obras decepcionantes en las que una y otra vez leemos lo mismo: que este o aquel texto ya está auto-deconstruido, de donde la lectura sólo sirve para reafirmar los supuestos de la tesis de la interpretación. En alguna medida esto mismo sucede con la obra del propio Derrida, cuya labor hermenéutica parece empeñada en reafirmar en distintos contextos las tesis que la sostienen. La diferencia principal entre el maestro y los discípulos es que éste produce un precipitado de *nombres*, esa batería extravagante de figuras (margen, *parergon*, *entame*, *himen*, huella, *différance*, *pharmakon*, suplemento, etc.) que él mismo ofrece como cadena de posibles sustituciones de «deconstrucción» para la difícil tarea de encontrar una palabra japonesa equivalente.

Se entiende que la lectura derrideana es una abordaje (el texto, dice en *Living On*,⁷ tiene un borde) de constantes desplazamientos, excéntrico (descentrado y estrambótico) que permite «producir la diferencia» y romper la consistencia de los sistemas de significación, pero los resultados de la empresa nos suscitan la vieja pregunta de la pertinencia; verdadera pesadilla de los cuenteros: ¿y entonces, qué? Si la deconstrucción, pieza de esa red de dispositivos conceptuales que los comprende y está comprendida en ellos, los sustituye y se deja determinar por éstos, la «diseminación» de estas «marcas» sobre la escritura produce una y otra vez el mismo efecto. Como señala Suresh Raval, «el deconstructor no sólo permanece anclado en sus premisas teóricas sino que busca sin cesar la confirmación de tales premisas». Lo cual induce a pensar que está totalmente limitado por las tácticas contradiscursivas de que se vale en su interpretación, hasta el punto de que los conceptos que aplica determinan los límites de su propia experien-

⁷ Cfr. «*Living On*», en *Deconstruction and Criticism*, *The Seabury Press*, Nueva York, 1979.

cia.⁸ La respuesta de Derrida lo demuestra: el dispositivo es monolítico y, como muchas otras manifestaciones del saber contemporáneo, está enteramente absorbido por la necesidad de demostrar su propia validez.

En segundo lugar, la tesis de la auto-deconstrucción produce una paradoja: la lectura deconstructiva, más que reducir un texto a la instancia de la metateoría, constituye un nuevo contexto de significación, como se ha señalado más arriba; en rigor, otro *sentido* (he aquí la recurrencia derrideana a lo que es lo otro y lo mismo a un tiempo, esquema abstracto del tropo) otro *texto*. Pero como las jerarquías han sido invertidas en el proceso de deconstrucción, este nuevo texto resulta una *parodia* del primero y el deconstructor se convierte en un bufón perverso, calificativo que, por cierto, Derrida no tendría problema en asumir para sí mismo. El reconocimiento de la parodia como última finalidad de la crítica deconstructiva genera reacciones contradictorias. Por una parte, tiene razón John Searle cuando acusa a los deconstructores de ser la reedición de los sofistas, que vuelven de la mano de la lingüística para vengar la afrenta sufrida en tiempos de Sócrates. El primer deconstructor, de acuerdo con este juicio, fue Gorgias, quien demostró la imposibilidad de condenar inequívocamente la falta de Helena, la adúltera esposa de Menelao, por el ingenioso procedimiento de desvelar el tropo que sirve de fundamento a dicha condena.⁹

Igual que la argumentación de Gorgias, la deconstrucción destruye aquello que estudia colocando en su lugar la versión paródica de lo mismo, o puede llegar aún más lejos, como cuando Derrida demuestra que Poe contempla ya en su cuento *La carta robada* los comentarios psicoanalíticos de Lacan en el conocido seminario de tal modo que, el propio Lacan, para que se desvele el sentido de su comentario, tiene que ser leído a través del texto de Poe.¹⁰ Estrategia extrema: el texto analizado es lo que permite comprender e interpretar el análisis, lo cual, desde un punto de vista metodológico, constituye la parodia de la función crítica.

Pero junto al juicio negativo que supone reconocer en la deconstrucción lo que tiene de sofística, hay la ventaja inestimable que esta mirada equívoca echa sobre su objeto como idea de la trascendencia que ha tenido para las ciencias del hombre la consciencia del lenguaje. La parodia deconstructiva no permite que nos instalemos en ningún lugar a buen refugio, en ningún punto que no esté sujeto, a su vez, a la producción de la *différance*. Si el *logos* posee, como apunta Derrida en *La Dissémination*, una naturaleza ambivalente que lo presenta ante el sujeto como remedio de todos los males y a la vez como peligroso veneno (la doble identidad del *pharmakon*) quien lo pronuncia — poeta, filósofo, crítico—, quien se vale de él como mago o hechicero, en realidad, no

⁸ Citado por Frank Kermode en su introducción a la recopilación de sus ensayos publicado por la Cambridge University Press, en Londres, 1982, con el título *Essays on Fiction 1971-82*.

⁹ El argumento de Gorgias en su Apología de Helena es el siguiente. La falta de Helena, haber abandonado a su esposo Menelao por el bello Paris, lo que fue causa de la guerra de Troya, pudo deberse a tres razones: haber sido raptada por la fuerza por el héroe troyano, haber sido seducida y encantada por éste, haberse enamorado de Paris. Según argumenta Gorgias puesto que la seducción o el amor, las dos últimas causas, son maneras de reducir otra voluntad a la propia, Helena en cualquiera de las circunstancias no era dueña de sus actos, por consiguiente, era inocente y no es lícito inculparla.

¹⁰ Cfr. La Carta Postale: de Socrate à Freud et au-de-là, Paris, Flammarion, págs. 439-524 y Culler, Jonathan, De la Deconstrucción, op. cit. pág. 124.

niega la filosofía sino que la realiza. El deconstrutor actúa como una especie de exorcista, devuelve al *logos* su condición de fármaco, milagroso y mortal, y al poeta, que había sido expulsado de la Ciudad por la dictadura de los filósofos, lo reinstala en una posición equiparable a la de éstos ya que unos y otros son procesadores de figuras y alegorías que la lectura descubre en el final de su encantamiento. Por añadidura, las distintas lógicas de Derrida son exorcismos del discurso, a lo que contribuye sin duda su propio estilo, esos encabalgamientos de étimos y sentidos, las asociaciones veleidosas, los efectos de repetición, inversión y paradoja, los juegos de traducción, las extrañas correspondencias entre lenguas diversas y raíces, etc. Exorcismos del discurso para la constitución de parodias o mejor, parodjas que se proponen con el mismo efecto deliberado del exorcismo, para *des-encantar*: una lectura «en los márgenes» que, por arte de magia, se convierte en central, una cualidad supuesta como cuerpo que se manifiesta como mero suplemento, etc.

Sin duda esta magia es posible, pero ¿es acaso pertinente para el discurso de la filosofía? ¿Es lícito proponer una epistemología de los tropos por el procedimiento de dar prioridad a la figura sobre el significado? ¿Basta simplemente con postular o declarar, retomando la tesis de Valéry, que la filosofía no es más que un género literario particular?

Y aquí corresponde mencionar el tercer aspecto implicado en la idea de la auto-deconstrucción de los textos y que se refiere a las dos posibles formas de lectura, dos maneras de representar la misma estrategia deconstrutiva: leer dejando en libertad el «juego de las diferencias» o leer «produciendo la *différance*». Con esto no sólo se subvierte la relación del crítico respecto del texto, de la interpretación en relación con lo interpretado, sino también la diferencia entre autor y lector. Leer «deconstructivamente» se convierte para de Man, en la forma más próxima a la especie de lector que, se supone, ha debido ser el autor para producir su texto.¹¹

La diferencia entre el lector convencional y la mirada del crítico deconstrutivo reproduce el conflicto entre las dos escuelas de la interpretación en el helenismo, en el siglo II A.C. En este enfrentamiento en el seno de la crítica helenística, entre la escuela aristotélica de Alejandría y la escuela estoica de Pérgamo, la primer esgrimía la *analogía*, o «igualdad de razones» en la interpretación, mientras que la segunda levantaba la *anomalía*, o «desproporción de razones». Para los partidarios de Aristarco de Samotracia, bibliotecario de Alejandría, los textos poseían una unidad avalada por un sentido fijado. Los seguidores de Crates de Mallos, bibliotecario de Pérgamo, el texto era un juego de diferencias y sus significados surgían de estas diferencias. La actual contienda entre los deconstructores por un lado, anomalistas modernos, y las distintas variantes de la hermenéutica filosófica y la llamada Nueva Crítica, los analogistas, por otro, se plantea casi en los mismos términos.¹² Ambas persiguen la misma meta, aproximarse lo más que se pueda a qué quiso decir el autor, aunque eso no se conciba igual en cada caso. Mientras que los analogistas reconocen el horizonte pre-textual y con-textual además de la intencionalidad de lo que leen, los anomalistas advierten que, puesto que estamos presos en la cárcel del lenguaje, pretexto y contexto están imbricados tanto en el texto como en su interpretación, con lo que leer es como excederse de las razones ex-

¹¹ Paul de Man, *Allegories of Reading*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1979, pág. 17.

¹² Harold Bloom, «The Breaking of Form», en *Deconstruction and Criticism*, op. cit., pág. 14.

puestas: poner lo que el autor no dijo, suplementar, añadiendo *cómo* lo dijo a lo que dijo y a lo que no dijo. En la crítica, pues, el texto esta referido, reproducido, pero como en una alegoría. Los juicios son en consecuencia, *alegorías de la lectura* que se apoyan en la postulada continuidad entre gramática y retórica.

Esta continuidad, que no presupone in-diferencia, tiene origen en el carácter radicalmente arbitrario del lenguaje que se manifiesta en la forma ineludiblemente retórica que toda expresión tiene. La posibilidad siempre latente de que una oración presente un significado literal y, junto a éste, otro, figurado, se explica no sólo por razones gramaticales sino por la naturaleza misma del signo, según la definición de Peirce. Para Peirce, la interpretación de un signo no es una decodificación, sino la generación de un nuevo signo, o sea, una lectura, una interpretación, que no se relaciona con la anterior por medio de los dispositivos gramaticales del lenguaje sino a través de una retórica que no es de persuasión sino de tropos. Como observa de Man, esta retórica suspende la lógica y «nos abre a vertiginosas posibilidades de aberración referencial»¹³, es decir, nos autoriza implícitamente a leer y entender en el texto lo que nos dé la gana. Esta tesis conlleva importantes consecuencias ya que con cada tentativa de reconstruir la serie topológica, el infeliz lector tropieza con nuevos signos, nuevas figuras, y después de éstas otras... Como advierte Hillis Miller, cada intento de evasión de la cárcel del lenguaje nos hace comprobar, con desazón, que nuestros esfuerzos no han servido más que para colocar unos metros más alto el borde de los muros.¹⁴

La lectura, por este medio, nos sumerge en una intertextualidad, una malla intrincada de discursos que se determinan, se complementan o se excluyen. Pero, ¿no es esto acaso lo que Derrida quería encontrar al comienzo de su embestida contra la metafísica occidental? ¿No es acaso una nueva imposición metafísica que coloca a la textualidad como límite infranqueable de nuestro autoconocimiento? La epistemología de los tropos nos libera del encantamiento de la ideología —y aquí habría que celebrar como positiva la aportación de la crítica deconstructiva al exorcismo del discurso— pero también disuelve, anula, la pretensión de verdad que, en definitiva, constituye, aun como ilusión del entendimiento, uno de los acicates de la voluntad de saber. Parece pertinente pues, la crítica de Foucault al «textualismo» derrideano y extensible en alguna medida a los representantes de la deconstrucción de la llamada escuela de Yale.

Al final de la *Historia de la locura en la época clásica*, Foucault responde en un apéndice a las críticas levantadas por Derrida contra su lectura de Descartes y formula, repasando con todo cuidado la lectura deconstructiva de Derrida, una serie de acusaciones que, por lo visto, mantuvo hasta su muerte.¹⁵ Foucault acusaba a Derrida de ser un *textualista*, representante de una modalidad de la lectura que deliberadamente deja a un lado las dimensiones sociales e incluso subjetivas del discurso. En otro terreno, Bloom acusa a los deconstructores de Yale más o menos de lo mismo cuando afirma que «han asumido demasiado precipitadamente el extraño evangelio del *sujet éclaté*, olvidando la poderosa raigambre del yo norteamericano».¹⁶

¹³ Paul de Man, *Allegories of Reading*, op. cit. pág. 10.

¹⁴ J. Hillis Miller, «The Critic as Host», en *Deconstruction and Criticism*, op. cit. pág. 230.

¹⁵ Cfr. la entrevista a Foucault añadida a la 2da. edición de H. Dreyfus y Paul Rabinow, Michel Foucault: Beyond Structuralism and hermeneutics, *Chicago University Press, Chicago, 1983, págs. 245-246.*

¹⁶ En la entrevista de Tagliaferri, *Alfabeto*, n.º 64.

En su réplica a Derrida, Foucault dice que esta omisión no es casual sino deliberada, incriminante. Para él, no sólo oculta la estrategia de la «textualización» de las prácticas discursivas *una* metafísica característica sino que además esta lectura «que inventa voces detrás de los textos para no tener que analizar los modos de implicación del sujeto en los discursos» es una *pequeña pedagogía históricamente bien determinada* que, en secreto, da a los maestros la soberanía ilimitada en la predicción de los textos.¹⁷ Con este juicio se sugiere veladamente que Derrida y su escuela textualista aspiran a un dominio del saber textual/textualizado semejante al de los ancestros de los intelectuales modernos, la casta sacerdotal.

La deconstrucción, en cuanto tiene que ver con este paroxismo de la crítica, dispuesto ahora a trasponer con sus parodias los límites del formalismo, conlleva el peligro de contribuir a perpetuar el *statu quo*, peligro que sagazmente entrevé el propio Paul de Man cuando advierte: «Las filosofías que sucumben a la ideología pierden el sentido epistemológico, mientras que las filosofías que intentan superar o reprimir la ideología pierden toda su fiabilidad crítica y se arriesgan a ser reaseídas por aquello que forcluyen».¹⁸

Un nihilismo mal entendido, en lugar de establecer los límites de la veridicción, de hecho suspende la propia idea de la verdad, incluso en cuanto compromete aquella vieja unidad originaria que ligaba la verdad con lo que socialmente era considerado como bueno. Desde este punto de vista, la deconstrucción no libera a la metafísica sino que la subsume bajo las condiciones de la mirada irónica desde donde será imposible plantear siquiera el problema ético.

La deconstrucción nos brinda un poderoso sistema de crítica textual que, fuera de sí, corre el peligro de convertirse, como sugiere Rorty, en un suerte de *contra-filosofía*.¹⁹ Para contener esta vertiente que arrojaría al pensamiento contemporáneo en un *cul-de-sac* quizás habría que volver a señalar el lugar desde donde se dicta la metateoría, aquel misterioso *para nosotros* que le asignaba Hegel en la *Fenomenología*.

El principio dogmático común a todos los estructuralismos es que no existen enunciación sino enunciados, que no hay voces de distinto timbre y pronunciación sino que *se habla y se escucha*, como lo exige el modelo reductor de la lingüística. Si la proliferación de los discursos que nos produce la intertextualidad nos descubre implicados en una inconfesada servidumbre a la retórica, también nos deja inermes frente a sus efectos, como el oyente en medio de la orquesta, despojados de la armonía de los timbre y los volúmenes sonoros, rodeados de ruidos o, mejor dicho, perdidos en un bosque de signos que no remiten a ninguna parte. Quizás sea tiempo ya de preguntarse si el supuesto no es un error, si no será que *alguien* habla y (a veces) alguien escucha.

Enrique Lynch

¹⁷ Michel Foucault, *Historia de la locura en la Epoca Clásica*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1979, Apéndice, vol. II, pág. 371.

¹⁸ Cfr. Paul de Man, «Phenomenality and Materiality in Kant» en Gary Schapiro y Alan Sica (eds.) *Hermeutics: Questions and Prospects*, The University of Massachusetts Press, Amherst, 1984.

¹⁹ Richard Rorty, «Philosophy as a kind of Writing», en *Consequences of Pragmatism*, Princeton University Press, Princeton, 1983.